

La calcutización de las ciudades latinoamericanas

Ted Córdova Claire

Ted Córdova Claire: Periodista y escritor boliviano. Actualmente escribe para unas veinte publicaciones de América Latina y Europa. Ha trabajado en varias agencias internacionales de noticias y ha sido comentarista internacional de importantes periódicos del continente. Autor de varios libros, entre ellos "Chile NO", "Made in USA", "España: El Destape", "Testigo de la Crisis" y últimamente "Adiós al Sibaritismo".

El reciente trágico episodio de la explosión de depósitos de gas propano que existían en medio de una zona poblada de Ciudad de México, expuso el drama de los grandes conglomerados urbanos de América Latina. Además de estos peligros, en general consecuencia de la imprevisión de las autoridades o del desdén de las empresas, el crecimiento de la población ha generado otros fenómenos sociales, como la "economía informal", la corrupción institucionalizada, el caos en el tránsito público y en fin, un fenómeno que el autor del presente artículo describe como la "calcutización" de América Latina.

Para el año 2000, ciudades como México o Sao Paulo (Brasil) pasarán de los veinte millones de habitantes. El caos que los expertos pronostican para entonces ya se percibe en estos días, tanto en esas ciudades como en Caracas, Lima, Bogotá y La Paz, que son ejemplos típicos del caos moderno.

En ciudades atestadas de gente e infestadas de problemas sociales, donde la estructura urbana parece estar al borde del colapso, no es extraño que el promedio de calidad de vida sea muy bajo.

El crecimiento desmedido de las ciudades, especialmente en el Tercer Mundo, es un fenómeno social tan explosivo como la deuda externa o la subversión de cualquier signo. De alguna manera, todos estos aspectos - presión financiera externa, marginalidad, protesta violenta - están relacionados.

Todas las capitales y ciudades importantes de América Latina presentan un gran problema de marginalidad. La única excepción es San José, la capital de Costa Rica. En Caracas, Santiago, Sao Paulo, México o Bogotá, para citar solamente ejemplos notables, la marginalidad ha invadido el centro en forma de vendedores ambulantes.

tes, la avanzada de una "economía informal" que sobrevive en medio de economías nacionales en crisis.

¿Cómo hacen los vendedores ambulantes que proceden de la marginalidad para sobrevivir con los pocos centavos que recolectan? Este es apenas uno de los misterios de la economía marginal en las ciudades latinoamericanas, un misterio que los planificadores económicos, ya sean desarrollistas, keynesianos, friedmanianos o marxistas, prefieren no enfrentar. La marginalidad es el moderno e implacable Waterloo de capitalistas, tecnócratas, dictadores y hasta revolucionarios, aunque es justo reconocer que este fenómeno casi ha desaparecido de las ciudades de Cuba.

En mis viajes como corresponsal por América Latina, este es uno de los fenómenos que más impresiona a primera vista, es el shock urbano que me hizo pensar en un término descriptivo: la "calcutización" de las ciudades latinoamericanas.

Por lo menos desde la independencia de la India, en 1947, la ciudad de Calcuta se convirtió en un desastre urbano. Millones de refugiados de religión hindú que vivían en el lado musulmán, que pasó a ser el Pakistán, huyeron hacia Calcuta, ciudad de muchas glorias, incluyendo varios premios Nobel, como el poeta Rabindranath Tagore. A estos refugiados se sumaron los campesinos que huían de las sequías y de las malas cosechas. Pero la ciudad no estaba preparada para recibir nuevos habitantes. El sistema de distribución de agua era del siglo pasado, la última alcantarilla se había construido en 1896 y las vías urbanas más modernas venían de 1930, cuando Calcuta era parte del esplendor colonial británico.

Con un crecimiento descomunal de su población, Calcuta se convirtió en un desastre urbano, con sus alcantarillas abiertas diseminando la putrefacción y sus ejércitos de mendigos, muchos enfermos o mutilados, invadiendo los centros más activos de la ciudad. Las escenas de famélicos pordioseros expirando en plena vía pública al principio fueron el objetivo central de fotografías que dieron la vuelta al mundo provocando gran impacto. Pronto esas muertes se volvieron rutina cotidiana y aumentaron la fama de esa ciudad decadente, putrefacta y de miseria humana.

Hoy persiste la fama de Calcuta, aunque hace más de una década ha comenzado un proceso de renovación, a través de una esforzada oficina de desarrollo metropolitano. Calcuta tiene actualmente sobre diez millones de habitantes y una tasa de crecimiento del 25 por ciento por década. Ya no es la ciudad más caótica de la India y ha servido de ejemplo para una teoría del experto norteamericano Jay W. Forres-

ter, del Instituto de Tecnología de Massachusetts, quien afirma que los procesos urbanos más complejos tienden a corregirse cuando están al borde del colapso.

De cualquier modo, en agosto de 1983 el periodista de The New York Times, William K. Stevens, hizo un trabajo sobre la leve recuperación de Calcuta, sacando energía de la miseria, pero recordó que los cuadros dantescos no se han borrado: "Las miserias y dislocaciones de Calcuta permanecen allí para que todos las vean y saquen experiencia: las enfermizas condiciones en los suburbios, con sus alcantarillas abiertas; el ejército de limosneros, muchos de ellos grotescamente mutilados, que se calcula son unos cien mil; el espectáculo de mujeres y niños que buscan entre cerros de basura callejera para conseguir algo para comer; la suciedad persistente, el olor a podrido, el terrible tráfico, los constantes cortes de energía, los teléfonos que casi nunca funcionan adecuadamente. . .". ¿Acaso no parece una descripción de una ciudad de América Latina?

Pero en este continente, el problema no es nuevo. En 1961, en la famosa conferencia de Punta del Este donde se lanzó la Alianza para el Progreso, el delegado cubano Ernesto Che Guevara criticó el criterio desarrollista de ese plan, que calificó de "letrinocracia". Cuatro años más tarde, el famoso columnista Walter Lippmann, pan-dit del periodismo de Estados Unidos, después de su primer y único viaje por Suramérica, analizó el fracaso de la Alianza y se refirió al problema de la marginalidad, que atribuyó básicamente al crecimiento de la población. Dos párrafos de su análisis, publicado en el diario Clarin de Buenos Aires (26-12-65) son una descripción medular y actual: "Como nos recordó el presidente Frei, de Chile, la América Latina tiene el mayor crecimiento de población del mundo. Tenía 200 millones de habitantes en 1960, y en quince años tendrá 360 millones. En diez años habrá 38 millones de personas más en edad de trabajar, pero en la presente proporción de aumento de empleos sólo se crearán cinco millones de nuevos trabajos".

Y Walter Lippmann continuaba: "Este crecimiento de población es la causa principal, aunque no única, de la vasta migración de las zonas rurales a las urbanas, la migración más rápida del mundo, dice el presidente Frei El resultado es que las ciudades como Río de Janeiro, Santiago de Chile y Lima están rodeadas de barriadas de casuchas de la más horrenda suciedad, en las que viven familias enteras en un solo cuarto, sin luz, agua, ni instalaciones sanitarias".

La situación sigue siendo la misma, pero el problema, como asomaba Lippmann en 1965, no es solamente el crecimiento de la población. La vida en las ciudades latinoamericanas se ha deteriorado por muchas otras razones: la insensibilidad de las

dictaduras, lo obsoleto de ciertas democracias, el deterioro de los servicios, la permisología y la corrupción, el crimen y la violencia institucional. Todos estos elementos, reunidos, forman parte de las ciudades de nuestros días, con muy pocas excepciones.

Ciudad de México, con más de 15 millones de habitantes en nuestros días, pasará de los 25 para el año 2000. Es un ejemplo dramático de la calcutización . Desde los vendedores ambulantes que brotan como hongos cerca de la Zona Rosa, de las enormes extensiones de viviendas precarias que se irradian a 40, 50 kilómetros del centro, como otros mundos, en realidad otras miserias, hasta las alturas de los rascacielos que no escapan al aire contraminado. Así lo comprobó un ecólogo que llegó a México después de haber comprado un pajarito exótico en el interior del país. Colgó la jaula en el balcón para evitarle al animalito el frío del aire acondicionado. Cuando regresó al atardecer, el ecólogo encontró al pajarito muerto por asfixia. No aguantó respirar el aire contaminado que llena los pulmones de los habitantes de la capital mexicana.

LA CORRUPCIÓN POLICIAL

Por supuesto, México sufre los problemas del éxodo del campo a la ciudad, de la imprevisión, de la falta de servicios, pero en este caso específico, ha sido muy importante para el derrumbe de la calidad de vida el factor corrupción.

Y fue bajo la gestión del presidente José López Portillo cuando se llegó al punto más bajo de la corrupción en la capital mexicana.

"La policía de México D.F. estuvo bajo las botas de uno de los hombres más corruptos que han existido, quien con ayuda de sus secuaces organizó el crimen, el tráfico de drogas, los asaltos a bancos, las casas de prostitución y los garitos clandestinos". Este es uno de los párrafos iniciales de *La cloaca*, de Arturo Ríos, uno de los libros sobre el que fuera jefe policial de la capital mexicana, Arturo Durazo, alias el Negro, bajo el gobierno de López Portillo.

Se han escrito otros libros, como *Lo Negro del Negro Durazo* , de uno de sus propios agentes, José González González. Es más anecdótico, pero revela con toda crudeza la tremenda corrupción alentada desde la jefatura de policía de la capital mexicana. En seis años, el Negro Durazo acumuló una fortuna de más de cien millones de dólares, derrochó el dinero a manos llenas y llevó una vida excéntrica, construyendo palacetes (uno de ellos llamado "El Partenón") que por lo demás refleja-

ban el mal gusto del grotesco nuevorrquismo mexicano. Para su beneficio utilizaban los fondos del gobierno y a los policías como mano de obra. La sustracción de los dineros destinados al cuerpo obligó a los policías a lanzarse de lleno a la "mordida", elevando a niveles descomunales la tradicional corrupción que permite el sistema de partido único en México.

Al momento de esta investigación el Negro Durazo estaba en una prisión de Los Angeles, esperando el trámite de extradición a México y para el bronce quedaba esta frase del ex presidente López Portillo: "Pinche negro, ésta es tu casa, a la hora que se te pegue tu rechingada gana, mientras dure este sexenio". Este fue un acto de otorgamiento de confianza absoluta nada menos que de un presidente a un jefe policial de la capital.

Esta corrupción policial se repite en otras formas y probablemente en dimensiones más modestas, en otras ciudades latinoamericanas. En algunos puntos, como en Caracas o Río de Janeiro, los policías son delincuentes potenciales o los delincuentes son ex policías. En Caracas, por ejemplo, quizás sin mala intención en vista del auge de la delincuencia, un gobernador democrático fomentó una política de "gatillo alegre". Con una frase desafortunada, que fue criticada por unos y elogiada por otros - Caracas sufre oleadas de violencia criminal -, el gobernador abrió inopinadamente las compuertas de la violencia institucional. La organización "Luto Activo", formada por familiares de víctimas (en general inocentes) de la acción policial, denunció que en diez meses de 1984, 36 personas sin antecedentes criminales fueron muertas por agentes de diferentes cuerpos policiales.

¿Por qué actúan algunos policías con tanta ferocidad y crueldad?, se preguntaba el periodista investigador de la selva de asfalto, Luis Buitrago Segura (El Nacional , 4-11-84). Una de las principales respuestas: ". . . el reclutamiento en estratos sociales desagregados socialmente. . . en sólo ocho meses han sido dados de baja por conducta irregular doscientos policías".

Los policías ganan sueldos bajos, en general habitan en barrios marginales, donde suelen ser mal vistos. Ellos mismo no tienen seguridad personal, ni vida de hogar organizada, trabajan jornadas agotadoras en un régimen militarizado (aún en la democracia) y son orientados a una acción represiva hacia su propia clase, en la lucha desordenada contra el crimen.

Pero además, anota Buitrago Segura, "dentro de este conjunto de carencias, la policía no está siendo formada para el servicio sino para el resentimiento. Todo conspira para hacerlos criminales furiosos o ladrones impenitentes".

En los grandes conglomerado urbanos de América Latina, de ciudades rodeadas de marginalidad como Caracas, una policía ciegamente represiva y lindante en la delincuencia es el elemento que agudiza las tensiones, no despeja el panorama ni infunde seguridad. Porque además, en esta crecida marginalidad, se genera una actividad económica ilegal, sin patentes, ni registros, ni impuestos, lo que el experto peruano Hernando de Soto define como la insurrección de la economía informal contra la burocracia institucional legal.

Más del 60 por ciento de la población del Perú está en la economía informal. En Lima, el 50 por ciento de la población vive en poblaciones informales y el 90 por ciento del transporte que utilizan es también informal. Lima es probablemente una de las ciudades más visiblemente afectadas por el problema de la marginalidad que ha invadido el centro tradicional de la ciudad. Hasta hace unos quince años, se podía caminar por una de sus calles principales, el Jirón de la Unión, en medio de una curiosa atmósfera de elegancia, con el marco de los balcones y las iglesias de esplendor colonial del Perú. En estos días, el Jirón de la Unión ha sido convertida en calle sólo para peatones, y la policía libra diarias batallas para desplazar a los vendedores ambulantes. A pocos pasos de allí, frente a la Plaza San Martín, se levanta el vetusto Hotel Bolívar, sede tradicional del pisco sour. Este hotel es un monumento a la decadencia de la oligarquía peruana. Con sus salones alfombrados, mullidos sillones de terciopelo y enormes lámparas de cristal, todavía sigue siendo uno de los mejores hoteles de Lima, rodeado por sus cuatro costados de sórdida marginalidad.

Desde una ventana del hotel pasé horas contemplando el espectáculo diario de la Plaza San Martín, siempre llena de gente. Hay de todo: vendedores, siempre vendedores, mendigos que le tiran de la manga al peatón, predicadores religiosos, embaucadores, tragafuegos, malabaristas, traficantes de drogas, niños homosexuales que ejercen una suerte de grotesca prostitución, huelguistas o cesantes y de vez en cuando algún agitador de prédica que recuerda a Sendero Luminoso.

Aunque la mayor parte de esta muchedumbre que pulula en la Plaza San Martín parece pacífica, es frecuente la irrupción de "rochabús", el camión lanza-agua de la policía, que carga hasta despejar la plaza. La escena se repite todos los días. La plaza se vuelve a llenar de personas que inventan alguna forma de hacerse de unas

pocas monedas, de niños carteristas, de jóvenes que venden bonos y compran dólares, y de gente que sacrificadamente vuelve a su trabajo y trata de conseguir un transporte en alguna de las esquinas de la plaza. Pero el "rochabús" ataca indiscriminadamente. Los policías saben que es puro pueblo. No hay peligro de lesionar a un habitante de los alejados barrios elegantes de Miraflores o San Isidro.

Es la masa alienada frente a la imposibilidad de integrarse a la sociedad formal y beneficiarse de sus aspectos positivos, según el análisis del economista Hernando de Soto.

En su organización Instituto Libertad y Democracia, De Soto ha estudiado la falta de soluciones del sistema, la permisología, la burocracia y, por supuesto, la corrupción. "De hecho, nuestros estudios demuestran contundentemente que los costos de ingresar a la legalidad y mantenerse en ella impiden el acceso a la mayor parte de los peruanos", afirma.

El economista ha demostrado que toma más de un año, trabajando ocho horas diarias, el formalizar una actividad productiva, de manera que la inmensidad de los ciudadanos queda condenada a una ignominiosa clandestinidad. También se requieren varios años para conseguir un terreno barato y un crédito para construir. La mayoría opta por las tomas de terrenos, una lucha que les puede costar hasta la vida.

El sistema legal peruano, opina De Soto, "no hace otra cosa que suprimir sistemáticamente la iniciativa, sea individual o asociada. Las instituciones formales no facilitan el acceso a la propiedad de los humildes, ni les proporcionan amparo legal expeditivo cuando la obtienen. Paralelamente, las disposiciones existentes - el papeleo, el maltrato masivo en las colas, las coimas y las malas maneras constituyen una estrategia kafkiana de trabas contra el uso eficiente de los recursos".

La ley es discriminatoria y entonces surge la economía informal. De Soto defiende a los informales y dice que su oposición a la legalidad institucional nace de la esperanza y se sostiene en la producción. Los intereses específicos de los informales son su progreso económico y social. Los informales aumentan el producto bruto interno y el nivel de bienestar. El Perú es afortunado en el fondo porque estas grandes masas que han migrado hacia sus ciudades han podido encontrar este modus vivendi, porque la actividad productiva y comercial, aunque sea informal, conduce al diálogo.

Lo contrario es la reacción subversiva de Sendero Luminoso, cuyo ideólogo, el profesor Abimael Guzmán, predica que "no hay nada que esperar de la ley". Y muchos senderistas surgen de sectores fracasados o reprimidos de los "pueblos jóvenes", que es como se denomina a la gran extensión de viviendas marginales en Lima.

Para enfrentar este problema, De Soto recomienda "reconocer la propiedad y el trabajo a quienes la ley no contempla en la actualidad, de tal manera que donde ahora existe rebelión nazca el sentido de pertenencia y responsabilidad".

El problema de la economía informal es también típico de otras ciudades latinoamericanas, pero hemos citado el caso de Lima para poder mencionar las apreciaciones de De Soto. Con otras características, lo mismo sucede en otras ciudades de gran crecimiento marginal donde predomina la burocracia corrupta y kafkiana.

La decadencia de las ciudades no afecta solamente a este continente ni es exclusiva del Tercer Mundo. Hay una marginalidad envolvente en muchas ciudades del mundo industrializado, metrópolis de estructuras obsoletas. Un ejemplo es Berlín Occidental, la ciudad símbolo de la libertad que recibe una subvención de ocho mil millones de dólares anuales de la República Federal de Alemania para destacarse como una isla de la democracia capitalista, rodeada por el muro ignominioso del sistema comunista.

Pero Berlín es hoy una ciudad de viudas, pensionados y desocupados que está en quiebra social y económica. Un buen porcentaje de sus habitantes (1.800.000) provienen de Turquía y han convertido a sectores berlineses en ghettos islámicos que generan el odio y la xenofobia. Parte de Berlín es "Kleine Anatolia", y la otra es decadencia, drogas, descontento y caótica excentricidad.

Hay parte de la zona sur de Chicago y del Harlem y el Bronx en Nueva York que pertenecen a este esquema de pobreza y marginalidad tipo Calcuta. ¿Cuántas personas mueren congeladas en las calles en los meses invernales neoyorquinos? ¿Cuántos embaucadores, mendigos, vendedores ambulantes, desocupados, "pushers" de la droga se pueden encontrar solamente en el área de Times Square? Es la sordidez down town de muchas ciudades de Estados Unidos.

Con el flujo migratorio de otras partes del mundo, ciertas ciudades norteamericanas - y ya también algunas de Latinoamérica - se convierten en conglomerados de razas, con todas sus tensas segregaciones. ¿Cuál puede ser el destino de la calidad de la vida en estas urbes monstruosas?

En Los Angeles, uno de cada diez habitantes es asiático y casi la mitad de la población de 14 millones de habitantes es mexicana o de origen hispánico. La ficción parece muy cercana. Hace un año, una película de acción, Blade Runner , que describía un episodio de crimen en un Los Angeles del año 2000, presentaba una ciudad dominada étnicamente por los asiáticos, dueños de la calle junto a otros grupos visiblemente africanos o latinos. Entretanto, los anglos permanecen encerrados en enormes rascacielos, que en realidad encierran miniciudades convertidas en fortalezas contra la contaminación de la atmósfera y de los hombres.

El personaje central es un detective gringo, muy golpeado por la vida, reencarnación de los héroes de la serie negra de la literatura, que sabe moverse en los ambientes sórdidos. Para sobrevivir debe conocer los secretos de una ciudad decadente y marginal, como Los Angeles de Blade Runner , las metrópolis de nuestro tiempo y de nuestro continente, ya son ciudades humedecidas por el derrame de los servicios, oscurecidas por la contaminación, ambientes pegajosos con muchedumbres fantasmales, seres que se desplazan como zombies entre la basura acumulada, aplastados por el volumen de masas de acero, cemento y vidrio. Conviven los adelantos tecnológicos con la miseria expuesta, la organización computarizada con la anarquía de los vendedores ambulantes. Son ciudades dominadas por sistemas de represión clasista, mafias incrustadas en círculo influyentes, policías corruptos, comercio de hormiga, masas desesperadas por vender algo. Y un ciudadano común y corriente tiene que sobrevivir en medio de todo eso.

El 19 de noviembre de 1984, en el suburbio de Tlalnepantla en los alrededores de la capital mexicana, estallaron varios tanques de gas propano dando un saldo de unos 500 muertos, aunque las autoridades señalaron una cifra menor, y cien mil damnificados. Lo cierto es que el episodio marcó otro peligro de las ciudades superpobladas, que es la presencia de depósitos de combustibles, de centrales de alta tensión, de fábricas de ácidos y aún de explosivos, que han quedado envueltos por el crecimiento de las viviendas, generalmente humildes. Para el año 2000 México tendrá más de 26 millones de habitantes, y según los expertos de Naciones Unidas, este tipo de ciudades se irán hundiendo en el caos, o apenas sobrevivirán en él, como Calcuta.